

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Suscripción.— En la Península: Un mes, 1'50 ptas.— Tres meses, 4'50 id.— En el Extranjero: Tres meses, 10 id.— Número suelto, 0'10 cts. La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.— No se devuelven los originales. Redacción y Administración, Mayor, 24

Condiciones.— El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.— Corresponsales en París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre. La correspondencia al Administrador

La protesta de la Prensa

Como habíamos anunciado, ayer fué recibida por S. M. el Rey la Comisión de periodistas que habían solicitado audiencia para exponer ante el monarca las quejas de la prensa ante la actitud de abierta intransigencia del Gobierno que preside el señor Maura.

El señor Ortega Muñilla de *El Imparcial*, dió gracias á S. M. por la honra que dispensaba á la prensa recibiendo á sus representantes en audiencia particular.

Después de breves frases expuso el objeto de la visita solicitando la Real venia para dar lectura al documento en que se elevan ante el Rey las ideas esenciales que constan en la protesta publicada por los periódicos.

Concedido el permiso, el Sr. Soldevilla dió lectura al documento que fué escuchado con gran atención por D. Alfonso, el cual ofreció dar cuenta al Gobierno, entregando acto seguido el referido escrito al Ministro de jornada.

En el transcurso de la conferencia mostráse D. Alfonso deferentísimo con los periodistas, que cumplimentaron después á SS. MM. las Reinas D.ª María Victoria y D.ª Cristina, las que también se mostraron con ellos amables y deferentes.

La Comisión, manifestó á las Reales personas su agradecimiento por las atenciones que les habían dispensado.

Hoy regresarán á Madrid.

EL CAMELLO

Es el barco de la tierra, según feliz expresión de los árabes: «gareb el berr».

Trátase de un animal sin el cual la vida de relación parecería imposible entre los pueblos que habitan en las soledades del Sahara.

Sobrio como ninguna otra bestia, sólo se alimenta de las plantas que encuentra en el campo. No conoce la sed, y es capaz de estar varios días sin probar el agua, soportando sin molestia los más grandes calores.

Sus extremidades son muy á propósito para caminar sobre arena y sus fuerzas le permiten llevar carga mucho más pesada que el mulo. Esto no obstante, el camello requiere sus cuidados, y no vive sino en país que reune determinadas condiciones.

Necesita un clima cálido y seco; el

frio, la nieve y la mucha humedad le perjudican y le matan pronto.

Busca su afileno en determinada forma, y en vano se le querrá sacar de su aire de marcha habitual. Si trabaja con exceso ó está deficientemente alimentado, desmerece y muere.

Se a уста bastante y lanza no pocas veces su carga. Cuando es presa de espanto se lanza en medio de la piara y se lo comunica á los compañeros.

Los camellos están castrados cuando se destinan al trabajo.

En general son mansos; pero en la época del celo se ponen á menudo furiosos y llegan á ser terribles animales.

Se ha observado que los camellos del Sahara septentrional, valen menos en el meridional, y viceversa. Dícese que esto obedece á que no sabrán distinguir las plantas de que han de alimentarse.

Los inteligentes se hacen cargo de las condiciones del camello examinando su joroba. Si está llena y prominente, el animal es bueno.

Un camello consume de 30 á 40 kilogramos de forraje cada día, y para tenerlo necesita que se le deje pastar cuatro horas cada veinticuatro. No gusta de las plantas mojadas por lluvia, y en primavera es preciso evitar que vayan al pasto por la mañana.

Cuando ha de hacer una marcha forzada, conviene darle algún pienso de cebada de plus. El camello soporta peor la falta de alimento que la falta de agua. En verano bebe cada dos ó tres días y en invierno lleva hasta diez días sin probar el agua.

Cuando forman los camellos en caravana, debe hacerse beber cada vez que haya ocasión. Cuando han hecho una gran marcha sin agua, deben abreviar dos días seguidos.

Cada camello debe tener para su uso una albarda especial que se llama «kitch», provista de un acolchado para evitar que la joroba sufra con el contacto.

La carga máxima que puede conducir es de 150 á 160 kilogramos, y cuando se trata de marchas largas no debe pasar de 120 á 130.

Cada camello lleva solamente dos fardos contenidos en un doble saco llamado «erera», tejido de lana y pelo de camello.

Las cajas y barriles no son carga á propósito para camello.

El «mehari» es el camello educado. Soporta mejor el hambre y la

sed, y en las marchas está sin beber cinco días.

Su marcha ordinaria es de diez kilómetros por hora, sin que le cause fatiga.

Cuando está bien entrenado es capaz de recorrer á esta velocidad, de 80 á 100 kilómetros por día.

Lleva una silla de asiento cóncavo, y el jinete se coloca en ella con las piernas cruzadas.

CUENTO DEL SABADO

EL COSACO

«El que de vosotros se baile sin pecado, que tire la primera piedra.»

Desdénoso, con la cabeza levantada casi exageradamente, los ojos velados por una nube de tristeza, semejante á la caída de una nostálgica tarde inglesa, contraídos los labios semi-pálidos y andando torpemente, pero con altanería y casi majestad, se veía al pobre Cosaco. De cuando en cuando se nublaba su frente y sus miradas giraban tranquilamente hacia el campamento: revolvía los ojos en sus cuencas con movimiento extraño de ira y desprecio que pudiera traducirse en estas palabras: «Miserables, valgo más que vosotros!»

El era inocente. Unos mal intencionados, acaso compañeros suyos, de aquellos que les daban pomposamente el título de amigo, le habían vendido. Sobre él cayeron con pesadez de batan cargos en que se veía la vileza del delator y la interpretación torcida del juez.

El caso era grave. El con su proceder digno y humilde habíase granjeado el aprecio de todo el mundo, y de pronto, aquel insano torbellino le arrancaba, le emancipaba á sus amistades, á sus ilusiones todas.

Estaba fuera de sí. En un principio su dignidad ofendida se opuso á pedir explicaciones á nadie; pero poco antes de su prisión, quiso averiguar, quiso conocer algo.

Buscó á sus amigos, les hizo las preguntas que requería para probar su inocencia, pero éstos suecos á la petición del Cosaco: — ¡Busca, busca! — le dijeron, nadie sabía nada.

Satís de aquellos lugares donde, en lugar de encontrar amistad, hallaba solamente abandono y acaso... culpa blanda.

Aun quiso probar otro medio: Se comunicó con algunos conoci-

mientos, personas importantes que acaso pudieran darle alguna luz sobre el asunto, ¡todo en vano! — ¡Busque usted! — le repitieron, y lo mismo que antes hayó despedido y enronquecida la voz, cual el eco de una tormenta que se debatía allá en el fondo de su alma.

— ¡Busca, busca! iba diciendo — ¡Busca! ¡Como si no hubiese buscado ya más de lo que él necesitaba! ¿Para qué?

Su semblante amoratado por la cólera, le daba el aspecto de una fierecilla. Quería saltar, estrangular á alguno, pero ¿á quién? ¿Quién era el culpable?

Tenía fiebre. Llegó á su tienda y cayó, como si las fuerzas le faltaran, sobre un banquillo de madera.

«¿Quién? — repitió, y esta palabra la decía muchas veces con la tortura más aún su imaginación enferma.

«Amistad! — y sonreía con sonrisa de idiota. — ¡Traición! — rugió y descargó sobre su mesa de campaña un sordo puñetazo que hizo caer una porción de objetos. Caido un momento su cabeza, pálida, sudorosa, abatida por la calefacción, se movía acompasadamente hacia los lados. Castañeaba los dientes y repetía aquellas palabras: «¡Dios hombre! ¡Bienaventurado seas cuando os vituperasen y os perseguiesen y dijese de vosotros todo mal por mi causa! Aquello pareció consolarle. — ¡Busca! ¡No buscaré á nada ni nadie! ¡Carga sobre mí la carga justicia de los hombres! ¡Nada necesito!»

— ¿Da usted su permiso? se oyó decir á la puerta de la tienda.

— Sí.

Era un tremendo sargento de cosacos más grande que los nifaretes de Moscú. Empuñaba elegantemente el sable que en sus manos debía ser temible. Abría ampliamente las fosas nasales como una yegua normanda, parecía querer tragarse toda la edor que se produce cerca de una persona atacada de fiebre.

— Usted perdona... — dijo — pero el deber... ya usted comprende... yo no querría... pero — y la voz de aquel hombre, que semejante á un picocho del Cáucaso, se levantaba firme é imponente, temblaba ante la cara pálida del pobre oficial de cosacos.

— ¡Basta, ya le sigo — y entregando su sable curvo y brillante como las aguas del Rhin siguió al cosaco colocándose entre las balconetas de la patrulla que le aguardaba á la puerta... Nada contestó al Consejo. Con tranquilidad estéril oyó la acusación. Con sonrisa burlesca dió las gracias á

la defensa. Y la sentencia la escuchó con mirada casi cínica.

Y allí, desdénoso, con la cabeza levantada casi exageradamente, los ojos velados por una nube de tristeza semejante á la caída de una nostálgica tarde inglesa, contraídos los labios semi-pálidos y andando torpemente pero con altanería y casi con majestad, se veía el pobre Cosaco. De cuando en cuando se nublaba su frente. Miraba con extrañeza aquel inmenso cementerio de los vivos que se llama la Siberia y sonriendo amargamente daba un enorme ¡mentis! á la Humanidad y murmuraba atenciosamente: ¡Miserables, soy mejor que vosotros!

MANUEL RODRIGUEZ

NOTAS DE LA CAMPAÑA

En cuanto se verifican fenómenos atmosféricos que repercuten en los alambres del telégrafo, ya se sabe, pagan los periódicos los vidrios rotos y se quedan sin informaciones; si á un ministro se le ocurre utilizar los hilos para transmitir circulares á los gobernadores, también la prensa sufre las consecuencias, pues no puede recibir á tiempo los despachos de sus corresponsales; nosotros en una palabra somos siempre los paganos de todas las anomalías, á pesar de que nuestro dinero y nuestra buena voluntad están constantemente al servicio del público.

«Por fin» ayer comenzó á funcionar el telégrafo con alguna regularidad y no carecemos de servicio telegráfico, por lo cual damos expresivas gracias á los elementos y al señor Ministro que así nos dejan disfrutar de aquello que religiosamente pagamos.

Hasta otra.

El temporal que reina en casi toda España, se ha dejado sentir también con gran intensidad en Melilla, justificando grandemente las operaciones.

Los destrozos sufridos en los campamentos han sido grandes.

El fuerte viento que reinaba y el enorme aguacero, han destruído muchas tiendas de campaña causando de perfectos en casi todas.

Un confidente de la plaza, ha asegurado al general Marina que los moros han instalado nuevos campamentos detrás de las chumberas que

están emplazadas frente al campamento de Sidi-Musa.

También dicen que estando varios jefes moros celebrando una junta en sitio que creían estaba fuera de nuestros cañones, dos granadas arrojadas por elevación, cayeron entre ellos causándoles varios heridos.

Los hebreos que visitan constantemente el campo enemigo, aseguran que la harka ha sido muy reforzada por numerosos contingentes llegados del interior.

El general Sotomayor que llegó á Melilla algo enfermo se encuentra completamente restablecido.

Quizá mañana se verifique la revista á la división de su mando que no ha podido celebrarse antes por impedirlo la enfermedad de aquel jefe.

Ha llegado al campamento una numerosa comisión de la kábila de Beni-Sicar para hacer protestas de sumisión ante el general Marina, temerosa de sufrir el castigo que se le ha impuesto á otras tribus.

El general en jefe no pudo recibirla ayer.

Se anuncian nuevas presentaciones de las kábilas inmediatas á Zeluán que se han ofrecido á España pidiéndole protección.

El señor Paris Mencheta manifiesta en un telegrama, que se han recibido nuevas adhesiones de otras kábilas limitrofes á Zeluán que sacrificarán reses demostrando su sumisión.

Continúan acumulándose grandes elementos de combate en los campamentos próximos á la colina.

Esto hace suponer que las operaciones en gran escala, han de comenzar con gran rapidez, quizá á principios de la próxima semana si el temporal amaina.

Al Hospital de Málaga han sido transportados desde Melilla, cien individuos enfermos y heridos.

Esto se ha hecho con el objeto de dejar libre alguna de las salas de los hospitales de la plaza.

La nueva enfermería que se estaba instalando ha comenzado á funcionar. Está situada en el Teatro Alcantara.

Y allí en medio del agua que á torrentes
Cae por entre los surcos de las peñas,
Sentí que el corazón veloz latía,
Y todo un mundo de emociones nuevas.

Y sentí que la sangre reflujaba
Cual torrentes de lava á mi cabeza;
Sentí en fin, que un amor impetuoso
Me atravesaba el pecho con sus flechas.

Si, mi bien, yo te adoro; á ti me arrastra
La candente pasión que mi alma llena;
Yo voy á tí cual caudaloso río
Va hacia la mar donde su muerte encuentra.

Entre tanto la lluvia cae á torrentes
Y el trueno allá en los montes aún rellembra.
Y el silvido del viento entre las hojas
Cada vez con más furia se acrecienta.

¡Dame por Dios tu amor! por él te ofrezco
Cuantos goces la mente te sugiera;
Tú mandarás y yo seré tu esclavo,
Y vivirás nadando en la opulencia.

Tendrás palacios, coches, mil criados,
Tu cuerpo vestirás solo con sedas,
Serás reina del mundo si me amas,
Y admirarán los hombres tu belleza.

— Y tendré, dice la inocente niña
A quien ya la ambición su mente ciega,
Muchos palacios, coches, mil criados,
Y el cuerpo vestiré solo con sedas?

— Si accedes al amor que arde en mi pecho:
— Y cuándo poseeré tantas riquezas?
— Si ahora me das tu amor; cuando del alba
Los primeros albores ya se vean.

Cegole la ambición; cruel olvidando
Juramentos de amor que antes hiciera,
No teme lacerar un pecho amante
Que tan solo alentó de amor por ella.

Si es verdad que he de ser como me has
(dicho)
Por mis palacios y belleza reina,
Accedo á tu pasión, si, ya te amo
Dice la niña con expresión tierna.

Y solo una palabra fue bastante
Para que aquel dechado de inocencia

Agita el viento con furor terrible
Los penachos de fuego que se elevan
Precedidos del humo... de la choza;
Solo quedan cenizas y pavesas.

La blanca luz de la celeste aurora
Imposible alumbró terrible escena:
Los mutilados cuerpos de tres seres
Y... cenizas que el viento veloz lleva.

Pedro Galtana Cervantes.

1880.

Pero llega la noche, y el amante
Aún no se vé venir ¡qué horrible pena
Para aquella infeliz! que en una roca
Hace dos horas que anhelante espera.

¡Con cuanto afán por el florido valle
La vista pasal ¡qué ansiedad demuestral
¡Cuánto la pobre sufre! ¡cuánto llora!
Y el silencio á sus lágrimas contesta.

¡Qué oscura noche! negra cual su alma;
No hay en el horizonte ni una estrella,
Nada altera la calma de aquel valle;
Misterio y soledad por doquier reina.

Oyese en lontananza un ronco trueno.
Después un rayo con su luz sinlestra
Iluminó un instante aquella roca;
Ella no estaba allí; quizás huyera.

Mensajero es el cárdeno relámpago
Del ronco trueno que terrible aumenta;
Y la lluvia, á torrentes cruza el valle
Arrastrando consigo cuanto encuentra,

Rásganse los espacios de los cielos;
Ruge cual nunca la feroz tormenta
Y mil rayos del cielo despreñados
Rásgan, hieren, destruyen, matan, quemán.